

In memoriam

**Ignacio Ellacuría, Juan Ramón Moreno,
Amando López, Ignacio Martín-Baró,
Segundo Montes, Joaquín López y López,
Julia Elba y Celina Ramos**

El día 16 de noviembre estos seis jesuitas y estas dos sencillas mujeres del pueblo salvadoreño, la cocinera de los padres y su hija de quince años, fueron inmisericordemente asesinados. Han engrosado ahora la lista de la barbarie, 70.000 asesinados, pero también la de los mártires salvadoreños.

Quiénes eran estos jesuitas, por qué fueron asesinados y qué herencia nos dejan lo expone Jon Sobrino en su artículo *Compañeros de Jesús. El asesinato-martirio de los jesuitas salvadoreños*. En estas breves líneas de la *Revista Latinoamericana de Teología* queremos ahora recordarlos y honrarlos porque además todos, cada uno a su manera, estuvieron muy cerca de ella.

Ignacio Ellacuría, co-director y colaborador habitual, fue quien tuvo la idea de fundar la revista, en momentos difíciles para el país y también para la teología de la liberación. Recuérdese que el primer número de la revista apareció en 1984 poco después de la instrucción vaticana y cuando abundaban las sospechas. Lo hizo porque estaba convencido de que la teología era necesaria e importante para hacer avanzar el reino de Dios en favor de los pobres, para ayudar a construir una América Latina más liberada, más humana y más cristiana. E insistió en que la mejor teología para ello —siempre con el deseo de que se perfeccionase— era la teología de la liberación. Por eso quiso fundar una revista que fuese un foro latinoamericano de discusión, de sistematización y de perfeccionamiento de esta teología para servir, así, mejor al pueblo latinoamericano.

Juan Ramón Moreno —fundador a su vez de la revista teológico-

pastoral *Diakonta* que se publica ahora en Managua— fue también colaborador con artículos y recensiones. Amando López escribió numerosas recensiones y estaba preparando un boletín sobre varios libros acerca del tema de Dios. Ignacio Martín-Baró, psicólogo social de profesión, publicó una recensión en el último número, Segundo Montes, sociólogo, leía y comentaba habitualmente la revista. El Padre Lolo —así llamábamos al P. Joaquín López y López— la ojeaba también, de vez en cuando, para encontrar ayuda en su trabajo pastoral inmediato con los pobres de Fe y Alegría. Julia Elba y Celina nunca la leyeron, pero —como símbolo de todo un pueblo creyente, sufriente y esperanzado— su fe en el Dios de la vida, su esperanza en el reino de Dios, su seguimiento cotidiano del pobre Jesús y de la pobre María, inspiraron a los directores y colaboradores de esta revista.

Estamos, pues, llorando la muerte de personas muy allegadas a nuestra revista y estamos también agradeciéndoles lo que en vida hicieron por ella. Pero además —lo que rara vez ocurre con directores y escritores de una revista—, estamos celebrando también su muerte martirial. Recordamos, pues, y honramos ahora a teólogos que han dado la muestra del mayor amor a sus hermanos, entregando su vida por los pobres. Recordamos, honramos y celebramos una teología que fue guiada por la inteligencia de unos escritores bien capacitados, pero que fue inspirada sobre todo por un corazón con un entrañable amor al pueblo salvadoreño.

Como en los primeros siglos, con un Ignacio de Antioquía o un Justino, la teología de la liberación tiene ahora también sus mártires. Estos martirios muestran y confirman que lo que escribieron en vida fue verdad vivida, no academicismo estéril, y su muerte martirial se ha convertido ahora en el mejor de sus escritos. Como el siervo doliente de Yahvé sus vidas y escritos ahora irradian luz a las naciones. Y como Cristo crucificado sus vidas y escritos se han convertido en sabiduría de Dios para los que buscan honradamente salvación.

La *Revista Latinoamericana de Teología* ha sufrido un duro golpe, como lo han sufrido las iglesias y todo el pueblo salvadoreño en estos largos años de tragedia y especialmente en estos últimos días. Sin embargo, estamos decididos a seguir adelante en la medida de nuestras posibilidades. Se lo debemos a nuestros hermanos mártires y a los innumerables mártires del pueblo salvadoreño y latinoamericano. Pedimos también ayuda a los lectores y a los teólogos de toda América Latina y a los teólogos amigos del primer mundo para que nos ayuden en esta tarea de mantener viva la teología de la

liberación, la teología de los pobres, la teología de estos hermanos nuestros asesinados y mártires.

Como homenaje póstumo a todos ellos, ofrecemos la reflexión de Jon Sobrino, pero nada mejor que dejarles hablar a ellos mismos y hablar sobre lo que significa su propia vida y martirio. Por ello, entre los muchos artículos que podrían reproducirse, publicamos póstumamente un artículo de Ignacio Ellacuría, escrito en 1979 durante la preparación de Puebla, con el título. "El pueblo crucificado. Ensayo de soteriología histórica." Si sus palabras fueron muy actuales y verdaderas en 1979, por cristianas y latinoamericanas, ahora son transparentes y proféticas, pues las ha escrito con su sangre.

La *Revista Latinoamericana de Teología* y todo el pueblo salvadoreño están de luto. Pero no puede ser ésta nuestra última palabra. En el último número de la revista Ignacio Ellacuría escribió un artículo, el último para esta revista, lleno de realismo y de esperanza con el título "Profetismo y utopía." Artículo de lectura ardua, pues ocupado como estaba esos días en innumerables tareas para ayudar a la paz y al diálogo en El Salvador, no le dio tiempo para corregir la redacción. Su mensaje, sin embargo, es claro: hay esperanza y hay que trabajar por la utopía. Hay una buena noticia en la historia.

Y es verdad. La fe cristiana, Jesús de Nazaret, nos sigue diciendo: "Dichosos, ustedes, cuando los persigan por causa de la justicia." Nuestros hermanos mártires son dichosos porque ya han alcanzado la suma y definitiva bienaventuranza. Fueron perseguidos, hasta el final, por proclamar y practicar esa justicia que es el ideal de Dios. Murieron como Jesús de Nazaret y el Padre los ha devuelto a la vida en plenitud. Viven para siempre y vivirán en el corazón de los salvadoreños y en todos los seres humanos que tienen un corazón de carne.

Para nosotros queda la buena noticia de su gran amor. "Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus hermanos." Y allí donde hay amor, allí permanece la esperanza en la historia a pesar de todo. El martirio de estos hermanos, de Monseñor Romero y de tantos miles de salvadoreños y latinoamericanos nos hace presente el amor de Dios en nuestros días. Amor escondido, impotente, pero creíble. Y amor también poderoso porque sigue generando esperanza en la historia.

Como el pueblo y la Iglesia salvadoreña estamos abatidos, pero no doblegados. Al servicio de ese pueblo y de esa Iglesia continuaremos con esta revista para ayudar a la liberación de América Latina, de

toda ella, de su cuerpo sometido a la opresión y de su alma esperanzada y jubilosa. Seguiremos trabajando para que pronto la verdad se imponga sobre la mentira, la justicia sobre la opresión, la paz sobre la guerra y la fraternidad sobre el egoísmo. Se lo debemos a los mártires y a los pobres de este mundo.

Que descansen en la paz de Dios nuestros hermanos jesuitas, salvadoreños, cristianos y teólogos. Que descansen en la paz de Dios, Julia Elba y Celina, hijas muy queridas de Dios y sufridas mujeres de este noble pueblo. Que su memoria sea un eterno acicate que dirija el trabajo de todos nosotros, latinoamericanos, cristianos y teólogos. Que su memoria siga guiando los pasos de esta revista.

Revista Latinoamericana de Teología.

